asco Núñez de Balboa

OBRAS DE...

Un par de cuentos.—Un folleto en 12.º—Granada, 1896 (agotada).

Muestras sin valor. (Cuentos y artículos). Un folleto en 12.º—Granada, 1896.

Cantares. Un folleto en 8.º—Granada, 1898.

Proyecto de reforma de la Ley del Jurado. —Un volumen en 4.º (2.ª edición).—Madrid, 1902.

Justicia Municipal. (Publicado por la «Revista de Legi[illegible] y Jurisprudencia») (Un folleto en [illegible] Madrid, 1912.

tátua que la más grande y poderosa nación americana va a erigir a nuestro héroe, a la entrada del canal de Panamá, para rendirle el homenaje que merece y perpetuar el recuerdo de su titánica empresa de una manera ostensible y digna de aquel grandioso y memorable acontecimiento histórico.

Nacimiento y familia de Balboa.—Sus primeros años. —Su partida a América.—Primera hazaña de Balboa.—Su fuga de Isla Española.—Fracaso de la expedición de Enciso.—Proposición de Balboa.—Desembarco en el Darién y fundación de Santa María de la Antigua.

Está completamente fuera de duda que el célebre navegante y descubridor del Mar del Sur, u Océano Pacífico, Vasco Núñez de Balboa, era natural de esta hermosa y simpática ciudad de Jerez de los Caballeros, en la que se escribe ahora esta breve relación de sus proezas, para rendirle el debido homenaje con motivo del cuarto centenario de la fecha de aquel suceso.

Además de la tradición constante y nun-

ca hasta ahora contradicha, (1) lo comprueba el unánime testimonio de todos los cronistas e historiadores de Indias, algunos de ellos contemporáneos suyos, que le conocieron personalmente, y así lo aseveran sin vacilaciones ni dudas. Confírmanlo asimismo algunos datos indirectos que constan en los libros de actas y acuerdos concejiles que se conservan en el archivo municipal de esta ciudad. Pero noticias directas y datos exactos acerca de la fecha y lugar de su nacimiento, nombres, calidad y posición de sus padres, etc., etc., no se encuentran por ninguna parte. Los libros parroquiales de aquella época han desaparecido, y en ningún otro do-

(1) En estos días, y con ocasión de investigaciones realizadas con motivo de la celebración del centenario del descubrimiento del Pacífico, se empieza a discutir este punto con algún interés por los historiadores. No hace mucho he tenido ocasión de ver una carta particular en la que se asegura que Vasco Núñez era natural de Belalcázar (Córdoba), por haberse encontrado recientemente en el Archivo de Indias de Sevilla un rol o lista de embarque, en el cual consta que en 1511 embarcó para América un tal Vasco Núñez, nacido en aquel pueblo; pero como consta de un modo indudable que Balboa partió de Sevilla con Bastidas en 1501 y no volvió jamás a España y también que en 1510 acompañó a Enciso en su desgraciada expedición por el continente americano, resulta evidente que este es otro Vasco Núñez que nada tiene que ver con el célebre descubridor del Mar del Sur y que sólo se trata de una mera coincidencia de nombres.

cumento oficial de sus tiempos figura el nombre de Vasco Núñez de Balboa, ni el de nadie a quien poder atribuir su paternidad. Unicamente, entre las actas del Ayuntamiento del año 1517, hay una en que figura entre los capitulares un «Gonzalo Núñez de Balboa», que bien pudiera ser un hermano del descubridor, quien consta tuvo además otros dos llamados Alvaro y Juan.

Se tiene también por cierto que Vasco Núñez nació en el año 1475, y en efecto, al hablar de él el cronista Antonio de Herrera, con motivo de la expedición del Bachiller Enciso, que fué en el año 1510, dice que tenía entonces Balboa treinta y cinco años, y cuando lo vuelve a nombrar, relatando los sucesos de 1515, asegura qué sería hombre de unos cuarenta años.

Salió de Jerez muy joven, y según se cree generalmente, bastante pobre. Entró al servicio de don Pedro Portocarrero, señor de Moguer, oriundo también de Jerez y acaso pariente suyo, y a su lado continuó hasta que en 1501 le abandonó para marchar a América.

El rumor popular en esta ciudad señala la casa número 12 de la calle de la Oliva como el hogar nativo de Balboa, pero aparte de que no hay datos en que apoyar seriamente esta afirmación, sobre la puerta de dicha casa hay una inscripción que dice: «Año de MDCCXIII,» y esta fecha, si fuese la de la construcción del edificio, desmentiría rotundamente semejante hipótesis; por lo cual, es preciso ponerla en duda, mientras no sea posible esclarecerla cumplidamente.

En cuanto a sus prendas personales y condiciones de carácter, Antonio de Herrera dice «que era muy bien entendido y sufridor »de trabajos, hombre de mucho ánimo, pru»dente en sus resoluciones, muy generoso con »todos, discreto para obrar, tan hábil para »mandar a los soldados, como intrépido pa»ra conducirlos a la pelea, en la que nunca »vacilaba en ocupar el puesto de mayor pe»ligro». Y añade, pintándole físicamente, que «era bien alto y dispuesto de cuerpo, de bue»nos miembros y fuerzas, y de gentil rostro »y pelo rubio». Pedro Mártir, otro de sus cronistas, le llama «egregius digladiator Las

Casas, por último, repite casi literalmente lo dicho por Herrera, y concluye afirmando que «Dios le reservaba para muy grandes cosas.

*

Siguiendo el ejemplo de todos los españoles pobres y ambiciosos de aquellos días, contaminado por la fiebre del oro y atraído por la seducción de lo desconocido, Balboa se alistó entre la gente que reclutaba Rodrigo de Bastidas para equipar dos carabelas, con las que se proponía ir a América, en busca de fortuna, con la cooperación del célebre piloto Juan de la Cosa. Partieron de Sevilla en octubre del año 1501, y tras una feliz travesía, arribaron a las costas del Nuevo Mundo y las recorrieron y exploraron detenidamente desde el Cabo de la Vela hasta el puerto de Nombre de Dios. Bastidas trató a los indígenas de los varios sitios en que desembarcó con su gente, con dulzura

y habilidad, y logró comerciar con ellos y recoger, a cambio de algunas baratijas y mercancías de poco valor, gran cantidad de oro y perlas. Pero desgraciadamente, por el desconocimiento absoluto en que estaban de aquel litoral, dieron en unos arrecifes de los que sólo con gran trabajo lograron salir y no sin que las naves sufrieran averías de importancia. Consiguieron, por fin, luchando con muchos peligros y dificultades, llegar a la Isla Española; pero allí les esperaban contratiempos mayores, si bien de otro género muy diferente.

Era a la sazón gobernador de la Isla don Francisco Bobadilla, hombre codicioso y sin escrúpulos, el cual prendió a los náufragos y secuestró las embarcaciones con su rico cargamento, a pretexto de que comerciando sin su permiso en aquellas regiones, habían delinquido gravemente, en contravención y perjuicio de los privilegios que a él le había concedido el Monarca. Por fin consintió en dejarlos en libertad, pero sin devolverles el oro, ni las perlas, que se apropió sin la me-

nor aprensión, a condición de que habían de volverse inmediatamente a España.

A punto de embarcar, Balboa solicitó autorización para permanecer en la isla en calidad de colono, y la obtuvo fácilmente, así como una concesión de terrenos y de esclavos, porque joven y desconocido como era, no despertó el menor recelo en el ánimo del suspicaz gobernador. Pero carecía casi totalmente de recursos, y en esas condiciones, le había de ser muy difícil abrirse camino para el logro de sus ambiciones. Apenas pudo ir viviendo penosamente algún tiempo y no tardó en verse en una situación verdaderamente enojosa y comprometida. La audacia y el ingenio con que supo aprovechar una coyuntura inesperada y favorable, para acometer nuevas empresas, más en harmonía con su carácter y aspiraciones, le permitieron salir de aquel precario estado, alejándose clandestinamente de Isla Española y dando así el primer paso en el azaroso y brillante camino que había de recorrer ya sin tregua hasta el fin de sus días, alcanzando señalados triunfos con sus hazañas y

conquistando en épica lid la inmortalidad para su nombre y gloria y riquezas sin cuento para su patria.

Varios navegantes españoles habían recorrido y explorado ya, como Bastidas y Cosa, el litoral del continente americano, procurando trabar relaciones y tráfico con los indígenas; pero ninguno había hasta entonces intentado establecerse de un modo permanente en él. En 1509, Alonso de Ojeda y Diego Nicuesa coincidieron en solicitar del rey a un mismo tiempo, permiso para fundar una colonia en tierra firme. El rey, para complacer a ambos, dividió imaginariamente en dos provincias la parte del continente por ellos señalada, concediendo la oriental a Ojeda y la occidental a Nicuesa. Los dos llegaron casi a la vez a Santo Domingo, y no pudiendo entenderse para obrar unidos y de común acuerdo, emprendieron separadamente, y casi enemistados, la conquista y colonización de sus respectivos territorios.

Ambas expediciones fracasaron. Ojeda, después de luchar contra los indios con suerte varia, pero casi siempre adversa, fundó el

centro de operaciones de su futura colonia en el golfo de Uraba o del Darién, bajo la advocación de San Sebastián; pero asediado por los indios continuamente, llegó a verse muy apurado por la falta de víveres. Decidió ir en persona a buscar refuerzos y vituallas, y después de mil novelescas peripecias, falleció en Santo Domingo, tan pobre, que fué enterrado de caridad.

Nicuesa no fué más afortunado. Tras de algunas tentativas infructuosas, fundó Nombre de Dios, y se fortificó lo mejor que pudo para resistir a los indios. Pero sitiado por éstos, perdió en pocos días cerca de trescientos hombres, y los demás, heridos unos y enfermos otros y todos hambrientos y medio desnudos, no hubieran tardado en sucumbir, sin la llegada oportuna de unos cuantos compatriotas que iban en busca de Nicuesa, para ofrecerle el gobierno de la nueva y cercana colonia de Santa María del Darién, y que los salvaron llevándoselos consigo.

Para socorrer a Alonso de Ojeda, organizó una expedición en Santo Domingo el ba-

chiller Martín Fernández de Enciso. Costóle gran trabajo reclutar la gente que necesitaba, porque el gobernador de la isla prohibió que se embarcaran los que tuvieran alguna deuda pendiente, circunstancia que concurría precisamente en la mayor parte de aquellos que por su misma situación apurada estaban más dispuestos a tentar aventuras y podían haber sido los más útiles por su ambición y su arrojo para los planes de Enciso.

Las precauciones tomadas en cumplimiento de dicha orden fueron tales, que nadie logró eludirlas más que Vasco Núñez, quien se valió para ello de una estratagema más atrevida y peligrosa que ingeniosa y original. Ayudado por no se sabe quién, se hizo conducir a bordo dentro de una barrica, que con otras varias fué descendida a la cala, sin que nadie sospechase su contenido, burlando de ese modo la estrecha vigilancia que se ejercía sobre las naves de Enciso.

Cuando el barco llegó a alta mar, Balboa salió de su escondite y se presentó a Enciso, que en el primer momento le acogió muy

mal, llegando a amenazarle con que le abandonaría en la primera isla desierta que encontrase en su camino. Pero después, reflexionando con calma, habiendo oído asegurar a alguno de sus hombres que Balboa podía serles muy útil por su valor y su destreza en el manejo de las armas, y comprendiendo que para su empresa convenían hombres como aquel intruso, resuelto y ambicioso, le admitió gustoso a su servicio, dándole un puesto de preferencia en las filas.

Y de ese modo, teatral y picaresco, digno de un Gil Blas o un Guzmán de Alfarache, comenzó Vasco Núñez de Balboa su camino de aventuras y de titánicas y legendarias empresas.

Enciso no fué más afortunado que Ojeda y Nicuesa. Naufragó a la vista de Cartagena de Indias, y un centenar de sus hombres perecieron al desembarcar, en una emboscada que les tendieron los indios. Abatidos y descorazonados los restantes, se disponían a regresar a Santo Domingo, abandonando a su suerte a los restos de la partida de Ojeda y renunciando, al menos por

el momento, a sus propósitos de colonización, cuando Balboa, más animoso y resuelto que todos sus compañeros, y que algo conocía aquellas regiones por el viaje que por sus costas había hecho anteriormente en compañía de Bastidas, les arengó con calor y entusiasmo, aconsejándoles que no desistieran tan pronto, ante los primeros obstáculos que se les presentaban, de una empresa que podía resultar al fin tan brillante y provechosa y que era en realidad menos difícil de lo que parecía, y les ofreció, si estaban dispuestos a seguir adelante, guiarles a la desembocadura del río Daríen, en el golfo de Uraba, donde podrían situarse estratégicamente y dominar una comarca muy sana y fértil, en la que había oído referir a los indios que abundaban las minas de oro y cuyos habitantes, si bien eran valientes y aguerridos, no usaban armas emponzoñadas, y era por tanto, para los españoles, muy fácil el vencerlos y subyugarlos.

Aceptada por todos sin vacilar esta proposición de Vasco Núñez, algunos días más tarde llegaban a la boca del río Daríen.

En la margen de éste habitaba un cacique llamado Cemaco, quien, al ver llegar las naves españolas, hizo poner en salvo, en la espesura de un bosque próximo, a las mujeres, niños y ancianos de la tribu, y reuniendo a los hombres luego, se situó con ellos en lo alto de una colina inmediata, dispuesto a hacer frente a los invasores.

Al ver el número y la actitud de los indios, y temiendo, no obstante las seguridades que sobre ello les daba Balboa reiteradamente, que usasen flechas envenenadas, proyectiles que infundían a los españoles verdadero pánico por sus terribles y rapidísimos efectos, se encomendaron a Dios e hicieron voto solemne de que si vencían en aquella ocasión, la primera fundación que hiciesen se denominaría de Santa María de la Antigua, en honor y señal de gratitud a la Virgen que con ese nombre se venera en la catedral de Sevilla, y a la cual, además, consagrarían un templo nuevo en el centro del poblado.

Confortados así por la oración y la fe y alentados por el ejemplo de Balboa, que apenas acabaron de rezar se lanzó, seguido de

otros tres o cuatro, hacia la colina en que se habían refugiado Cemaco y sus indios, acometieron a éstos prontamente y con arrojo y decisón, matanido a muchos y haciendo huir a los demás al bosque en que se habían refugiado las mujeres y los niños.

Lograda tan pronta y feliz victoria, que ni uno solo de los españoles fué herido en ella, entráronse en el pueblo de los indios y lo hallaron completamente desierto, pero muy bien provisto de vituallas, entre las que encontraron también algunos objetos de oro, toscamente labrado.

En aquel mismo emplazamiento, si bien destruyendo las viviendas indias y construyendo otras nuevas, fundaron Enciso y los que con él iban, una población, a la que, cumpliendo su voto, pusieron solemnemente y con gran ceremonia el nombre de Santa María de la Antigua del Darién, y que había de ser el teatro de muchos de los subsiguientes sucesos de este episodio histórico.

II

Destitución de Enciso y expulsión de Nicuesa.—Balboa, gobernador del Darién.—La conquista del oro.—Expedición a Dobayba.

Con esta primera proeza, adquirió Balboa indiscutible ascendiente sobre todos sus compañeros, quienes reconocían de buen grado que a él se debía el éxito de la empresa y le consideraban como el verdadero fundador de la nueva colonia del Darien. Apreciábanle además por su discreción y su carácter resuelto y generoso, tanto como aborrecían a Enciso por su arrogancia y su duro despotismo.

No tardó, pues, Balboa en ser moralmente el dueño de la colonia y el verdadero jefe de aquel puñado de valientes que no pudien-

do soportar la tiranía de Enciso, empezaron a conspirar contra él, acechando el momento de rebelarse abiertamente, para destituirle y poner el mando en manos de Balboa.

El mismo Enciso les dió pronto ocasión propicia para realizar sus deseos, dictando, llevado de su codicia desmedida, una orden por la que prohibía a los colonos, bajo pena de muerte, el tráfico de oro con los naturales del país, reservándoselo para sí exclusivamente. Entonces, Balboa y sus secuaces convinieron en despojar de su autoridad a Enciso, a pretexto de que no podía ejercerla allí legítimamente, como enviado o delegado de Ojeda, por hallarse situada Santa María del Darién en tierras de la jurisdicción de Nicuesa, y eligieron para alcaldes de la villa a Núñez de Balboa y Juan Zamudio.

No todos quedaron conformes y satisfechos con tal mudanza. Algunos eran partidarios de Enciso, y excitados por éste, trataban de reponerle en el mando y más de una vez estuvieron ambos bandos a punto de venir a las manos. Para evitarlo, propuso al-

guien que se reconociese como jefe a Diego Nicuesa, puesto que la colonia radicaba en el territorio que había sido concedido a éste por el rey. Pero esta solución descontentaba por igual a los secuaces de Enciso y a los de Balboa, cada vez más distanciados y más obstinados en recabar el mando para su respectivo caudillo.

En tal sazón, llegó a Santa María un navío español, mandado por Rodrigo Enriquez de Colmenares, que iba costeando en busca de Nicuesa, al que llevaba algunos soldados y gran repuesto de víveres y de municiones. Al desembarcar, empezó por hacer una distribución general y espléndida de provisiones, con lo que se captó las simpatías y buena voluntad de todos. Después, enterado de las discordias que perturbaban la colonia, logró convencer a todos fácilmente de que debía resolverse aquel conflicto reconociendo y acatando la jefatura y señorío de Nicuesa, toda vez que se hallaban dentro de su propia jurisdicción, y en su nombre habían de-

puesto a Enciso como usurpador de sus fueros y privilegios.

Convenida esta solución lógica y legítima del conflicto por una gran mayoría, Balboa hubo de someterse y envió una embajada a Nicuesa ofreciéndole el gobierno de Santa María y rogándole que no tardase en acudir a posesionarse de él.

Los enviados de Balboa encontraron a Nicuesa en la miserable y comprometida situación en que le dejamos en el capítulo anterior, al referir su expedición y su llegada fué verdaderamente providencial para él. Pero era un hombre tan soberbio, violento e indiscreto, que al darle cuenta aquéllos de su misión, les contestó que inmediatamente partiría para Santa María, y que en llegando, había de castigar severamente a todos, por haberse establecido allí y haber comerciado con los indios sin su permiso, confiscándoles todas las riquezas que hubieran adquirido e imponiendo las penas más graves a los que no se sometieran de buen grado.

Asustados los representantes de Vasco Núñez al oir estas manifestaciones, volvieron

a toda prisa al Darién y refirieron públicamente lo sucedido, con lo cual, los habitantes de Santa María, justamente indignados y resueltos a defenderse a todo trance, resolvieron no dejar desembarcar a Nicuesa, y cuando éste llegó allí, se vió obligado a permanecer a bordo, en vista de la actitud hostil con que era recibido.

Pero como los de Santa María temiesen, fundadamente, que Nicuesa, no pudiendo tomar tierra, zarpara en busca de refuerzos con que poder someterlos y apoderarse por la fuerza de la ciudad y de sus riquezas, discurrieron una estratagema para apoderarse de él. Hiciéronle creer que estaban ya dispuestos a recibirle y acatarle, y en cuanto estuvo en tierra, le acometieron, no pudiendo cogerle porque huyó prontamente, y Vasco Núñez, temeroso de que le asesinasen, impidió que le persiguieran.

Nicuesa, que huyó tierra adentro, envió a decir que si no le querían como gobernador, le admitieran al menos como vecino y colono, y en último caso, como prisionero, pues mejor quería vivir preso entre ellos, que mo-

rir en los bosques, víctima del hambre, de las fieras, o de los indios.

Por fin, unos cuantos lograron apoderarse de él y le obligaron a embarcar de nuevo, en un barco pequeño y viejo que apenas podía navegar, intimándole a que abandonara el país sin dilación, y el día 1.º de marzo de 1511 hubo de partir el desgraciado gobernador en un mal bergantín, con diecisiete hombres que voluntariamente quisieron seguirle, sin que jamás se volviese a saber nada de ellos.

Con la expulsión de Nicuesa renacieron las disensiones entre los parciales de Balboa y de Enciso, más enconadas e irreductibles que nunca, forzando a los dos a entablar una lucha encubierta, de intrigas y asechanzas, en la que pronto quedó derrotado el segundo, pues Balboa, ejerciendo sus funciones de alcalde, procesó a Enciso y le confiscó los bienes, inculpándole de haber ejercido jurisdicción ilegítimammente y de conspirar contra su autoridad y la de Zamudio; pero queriendo mostrarse benigno y generoso, le puso en libertad, a condición de que se em-

barcase en el primer navío que se diera a la vela para España.

Temeroso de las consecuencias que pudiera acarrearle su conducta con Nicuesa y Enciso, y deseando además ejercer el mando

ción y habilidad para ganarse las voluntades de todos, lo mismo de los colonos, que de los indios, con los que procuraba mantener buenas relaciones para que le facilitasen las provisiones necesarias para el abasto de la plaza y le trajesen oro abundante, que era lo único que apetecían y codiciaban los españoles.

Ese desordenado apetito de oro, que fué la nota característica y el principal móvil de todas las exploraciones y conquistas emprendidas por los españoles en América, dando lugar a que el nuevo continente fuese rápidamente invadido y sojuzgado casi en su totalidad por nuestras armas, mientras España se despoblaba, se empobrecía y se desmoralizaba; esa ciega codicia que suscitó continuamente entre los conquistadores luchas repugnantes y los impulsó con frecuencia a ejecutar actos verdaderamente abominables, empañando en más de una ocasión el buen nombre y la gloria de los más esclarecidos y heróicos capitanes y rebajando siempre el mérito de sus gallardas hazañas, estuvo varias veces a punto de causar la perdición de

Balboa y los suyos y el fracaso de su empresa, produjo entre ellos graves discordias, y fué, a mi parecer, el verdadero motivo del desastroso fin de nuestro héroe; pero pronto veremos cómo fué también la causa primordial del descubrimiento del Pacífico y el estímulo que dió alientos bastantes a Vasco Núñez y sus compañeros para llevar a feliz término una empresa que, de otro modo, tal vez ni siqueira hubieran intentado jamás acometer.

Merced a la habilidad y a los desvelos de Vasco Núñez, reinaba, como he dicho, una buena armonía entre los invasores y los indios de las proximidades de la colonia, que por una parte temían a los españoles, y por otra estaban muy satisfechos de su tráfico con ellos. Unicamente el cacique Cemaco, dueño y señor absoluto de aquel lugar hasta entonces, odiaba a los españoles, no les perdonaba el despojo y la humillación que le habían infligido, y sólo pensaba en vengarse y en expulsar o exterminar a sus enemigos. Enterado del ansia con que los españoles buscaban por doquier el oro, hizo que algu-

nos indios les dieran noticias del mucho que había en la región llamada Dobayba, distante de allí unas treinta leguas, con el propósito de atacarles en cuanto se internaran en los bosques, fiado en que el desconocimiento de éstos por los españoles, su impenetrable espesura, favorable a los indígenas y la gran superioridad numérica de la gente que había logrado reunir, le proporcionarían una fácil y decisiva victoria. Vasco envió como explorador a Francisco Pizarro, el futuro conquistador del Perú, con unos cuantos hombres. Sorprendidos por Cemaco, lograron defenderse con éxito, matando e hiriendo a gran número de indios; pero quedaron también ellos heridos casi todos, y juzgaron lo más prudente regresar a Santa María.

Algunos días después, decidió Vasco Núñez salir en persona, con cien hombres escogidos, a explorar por la comarca, y guiado por un español que había vivido con los indios algún tiempo, llegó al pueblo de Coyba, residencia de un cacique llamado Careta, quien le acogió con cortés hospitalidad, pero al pedirle Vasco Núñez provisiones para

la tropa, le contestó que no podía dárselas, por hallarse su pueblo en la mayor miseria, a consecuencia de la guerra que venía sosteniendo hacía mucho tiempo con otro cacique vecino llamado Ponca.

Fingió Balboa conformarse y marcharse para continuar su camino; pero al llegar la noche, volvió, y atacando al pueblo por tres partes a la vez, hizo prisionero a Careta con toda su familia, se apoderó de muchas provisiones y algún oro que encontró y regresó a Santa María.

Para recuperar su libertad y la de sus hijos y mujeres, pactó Careta con Balboa ser siempre su amigo, y en prenda de ello le ofreció por esposa una hija suya, que dicen era una mujer muy hermosa, de la cual Balboa llegó a enamorarse, según aseguran los historiadores de aquella época, apasionadamente, tratándola siempre con gran cariño y consideración, y dejándose influir por ella en ocasiones algo más de lo que le hubiera convenido.

Aceptó Balboa con satisfacción las amistosas proposiciones de Careta, le puso inmediata-

mente en libertad con todos los demás prisioneros, y después de unos días de descanso, durante los cuales Careta formó una fuerte columna con sus mejores guerreros, se dirigieron ambos en son de guerra al poblado de Ponca. Este, noticioso del grave peligro que le amenazaba, se internó con toda su tribu en los bosques vecinos, y Vasco y Careta, al encontrar el pueblo abandonado, lo saquearon, recogiendo abundante botín, lo incendiaron y se retiraron seguidamente, el uno a Coyba y el otro a Santa María.

Al poco tiempo dispuso Balboa una nueva expedición, con el fin de llegar a Dobayba, cuyas inmensas riquezas tanto oía de contínuo ponderar a los indios, que entre otras muchas cosas referían que había allí un templo lleno de tesoros incalculables, acumulados durante varios siglos por la piedad generosa de varias generaciones. Después de algunas penosas jornadas y de sostener varias escaramuzas sin importancia con los indios, llegaron al territorio de otro cacique llamado Alibcyba, el cual residía en una población muy extraña, que sin duda por es-

tar situada en terreno pantanoso e inundado frecuentemente por las aguas de unas lagunas inmediatas, no se asentaba en el suelo, sino sobre las copas de los árboles, desde las cuales descendían a tierra sus moradores por medio de escalas de mano hechas de bambú y bejucos.

Al ver llegar a los españoles los habitantes de aquel pueblo aéreo, retiraron las escalas y se encastillaron en sus viviendas, de las que tan sólo consiguió Balboa que saliesen cortando y quemando algunos de los troncos más corpulentos en que se apoyaban. Registró después todos aquellos «nidos» y la poca parte del suelo que era transitable, y en ningún sitio halló oro ninguno, ni el menor vestigio del famoso templo, del que nadie allí supo o quiso darle razón ni noticias.

Hallándose indeciso Vasco Núñez sobre lo que haría para no volverse de la expedición con las manos vacías, supo por unos prisioneros, que lo revelaron a la hija de Careta, que Cemaco había convencido a otros cinco caciques, de los recientemente vencidos y ex-

poliados por Balboa, de que juntos podrían vencerle y matarle o arrojarle del país por lo menos, y que a ese fin habían reunido cinco mil hombres y cien canoas y se disponían a sitiar a Santa María, por mar y por tierra y a tratar de sorprender a Balboa en los bosques, cortándole la retirada hacia Santa María y el mar.

En vista de ello, se encaminó al Daríen, a toda prisa, y después de tomar allí algunas medidas urgentes y prevenir lo necesario para la defensa de la plaza, al frente de sesenta hombres cayó sobre el pueblo de Cemaco, donde no encontró a éste; pero cogió prisioneros a varios parientes suyos y mató a otros, llenando de pánico a los indios. Entretanto, Colmenares, con otros sesenta soldados, entró en el pueblo de Tichirí, en el que encontró todas las armas y vituallas que preparaban los indios para el asedio de Santa María, apoderándose de ellas y de algunos jefes guerreros, a los cuales los hizo decapitar en presencia de todos los demás, saqueando luego el pueblo y llevándose prisioneros a todos sus habitantes.

Así quedó conjurado el peligro y sometida la comarca por el momento, gracias al arrojo y rapidez con que acudieron los españoles a prevenirlo, cortando de raíz la tentativa de Cemaco.

No quiso, sin embargo, Vasco Núñez, aleccionado por lo ocurrido, proseguir sus exploraciones tierra adentro, sin dejar antes bien consolidada su dominación en todo aquel litoral, y para ello pactó de nuevo con los caciques recién vencidos las condiciones de paz y mútuo trato, obligándoles a reconocer la soberanía del rey de España y por mediación de su amigo y aliado Careta, logró además atraerse la amistad de otro cacique vecino, uno de los más ricos y poderosos, llamado Comagro, con el que hasta entonces no había tenido relación ni contacto alguno y cuyo primogénito fué quien puso a Balboa en camino de realizar el gran descubrimiento que inmortalizó su nombre, de la manera que se verá en el capítulo siguiente:

III

Primeras noticias que tuvo Vasco Núñez de Balboa sobre el Mar del Sur.—Fragmentos de una carta de Balboa al Rey de España.—Expedición en busca del país del oro y del mar desconocido.

Cuenta el cronista Herrera que deseoso Balboa de trabar amistad con el cacique Comagro, fué a visitarle, y que éste, acompañado por sus siete hijos y sus principales súbditos, le salió al encuentro y le hospedó en su casa con el mayor agasajo. Entre los presentes con que obsequiaron los indios a los españoles en aquella ocasión, fué el más valioso el que les hizo el hijo mayor de Comagro, consistente en setenta esclavos y piezas de oro por valor de cuatro mil pesos. Después de apartar la cuarta parte, que corres-

pondía a la Corona, al tratar de repartir entre todos lo demás, se produjeron grandes disputas y riñas enconadas entre algunos. Al verlo el hijo de Comagro, donante del tesoro, les reconvino duramente por su codicia, diciéndoles que ya que tanto apetecían el oro, que por él abandonaban su patria, sufrían grandes trabajos, mataban y ofendían a gentes pacíficas, y, finalmente, reñían entre sí con tanto arrebato y coraje, podían ir a adquirirlo, en abundancia tal, que acabarían por no estimarlo en nada, a un país no muy lejano, donde abundaba tanto, que sus habitantes comían y bebían en vasijas de ese metal.

Enterado Vasco Núñez de lo ocurrido, dirimió la cuestión del reparto, distribuyendo las piezas de oro por su mano entre sus hombres, y después interrogó minuciosamente al hijo de Comagro sobre aquel país a que había aludido al tratar de poner paz entre los españoles.

Entonces, por primera vez, supo Balboa que hacia el Sur de la comarca en que se encontraba había otro mar como el Atlánti-

co, que los habitantes de sus orillas navegaban por él en barcos más pequeños que los de los españoles, y que siguiendo la costa de ese mar en dirección al sudeste, se llegaba en pocas jornadas a una región habitada por gentes aguerridas, gobernada por reyes y caciques poderosos y en la cual abundaban de un modo fabuloso el oro y las perlas.

Parece que estas noticias se referían al Perú, y es curioso advertir que entre los huéspedes de Comagro se encontraba Francisco Pizarro, bien ajeno sin duda entonces de pensar que aquel país desconocido y casi mítico para los españoles, había de ser muy pronto teatro de sus hazañas y pedestal de su fama.

En los días que aún permaneció en el pueblo de Comagro, Vasco Núñez se dedicó en un todo, y empleando cuantos recursos le sugirió su ingenio, a agradar y conquistar a sus nuevos amigos, a fin de obtener de ellos cuantas noticias tuvieran sobre aquel ignoto océano y sobre los maravillosos países de sus orillas, a los cuales, desde el pri-

mer momento en que oyó hablar de ellos, se había propuesto llegar, atraído y deslumbrado por los informes del hijo de Comagro, aun a costa de los mayores trabajos y penalidades, así como también toda clase de pormenores acerca de la ruta que debía seguir, tierras que habría de atravesar, pueblos y caciques que encontraría en su camino, y todo, en fin, cuanto le hacía falta saber para preparar tamaña empresa y llevarla a cabo felizmente.

Cada vez más seducido por la idea de realizar esta magna expedición y fundar en la ignota costa otra colonia, hermana gemela de Santa María, apenas regresó a ésta, terminados sus tratos de amistad y alianza con Comagro, se dedicó en absoluto a estudiar y coordinar todos los datos que había podido adquirir sobre el nuevo mar y sus riberas, para trazar su plan y disponer los medios necesarios, con objeto de ponerla por obra sin dilación; pero pronto comprendió que los elementos con que contaba no eran suficientes para su ejecución; y no queriendo exponerse imprudentemente a un fracaso que

podía dar al traste para siempre con el fruto de la árdua labor realizada y que de todos modos sería para él harto funesto y bochornoso, decidió aplazarla por algún tiempo y solicitar del rey el auxilio necesario.

Como además ya hacía más de un año que Zamudio había partido para España y todavía no se habían recibido noticias de él, y como, por último, algunos de sus compañeros de armas, díscolos y ambiciosos, murmuraban contra él, discutiendo todos sus actos y poniendo en duda la legitimidad de su mando, no obstante haberle otorgado recientemente el título de Adelantado de Santa María del Darién, el Tesorero Real en Santo Domingo, Miguel de Pasamonte, pensó Balboa que sería lo más conveniente venir él mismo a España para afirmar y consolidar de un modo definitivo su situación personal y obtener la protección del rey para sus planes, después de demostrarle la importancia y gran conveniencia de una expedición al Sur con objeto de descubrir el nuevo mar y los países limítrofes, en que tanto abun-

daba, según las referencias de los indios, el por todos codiciadísimo oro.

Pero apenas dió a conocer su proyecto públicamente, todos a una, amigos y enemigos, se opusieron a él, alegando que Vasco Núñez era el único capaz de dirigir y gobernar la colonia, por el respeto y temor que infundía a los indios y la gran estimación en que le tenían casi todos los españoles.

En vista de lo cual, y comprendiendo que su ausencia podía tener malas consecuencias para la colonia y para sus propios intereses personales, Balboa decidió al cabo confiar la misión de ver al rey, en su nombre, y recabar la real protección para su persona y sus proyectos, a dos de sus más adictos y fieles amigos, Juan de Caicedo y Rodrigo Colmenares, a quienes entregó una carta para el monarca, refiriéndole cuanto había hecho desde la fundación de Santa María, comunicándole cuantas noticias tenía sobre el Mar del Sur y sus tierras, y exponiéndole sus planes, para cuya ejecución solicitaba, entre otras varias cosas, el envío de unos mil hombres.

Esta carta, cuya autenticidad no he podido comprobar directamente; pero que varios historiadores modernos publican como tal, entre ellos Navarrete y Quintana, es curiosa por su estilo rudo y candoroso y por lo claramente que refleja el espíritu y carácter de su autor.

Por su mucha extensión, y porque repite varias veces en distintas formas los mismos pensamientos y observaciones, tan sólo reproduzco a continuación algunos fragmentos, que me parecen los más interesantes.

«...Quiero rendir cuenta a V. A. de los gran»des secretos y maravillosas riquezas que hay »en este país, del que Dios Nuestro Señor »os ha hecho dueño a Vos y me ha reserva»do a mí, vuestro humilde vasallo, el honor »de descubrirle el primero, favor por el que »todos los días le doy fervientes gracias y »alabo su Santo Nombre. Yo me considero »por ello el hombre más afortunado que ja»más nació.»

«Y puesto que Dios ha querido que por mi mano se asentasen tales cimientos, yo

»suplico a V. A. me permita llegar al térmi-
»no de un viaje tan importante. Y me atrevo
»a suplicároslo, Señor, porque sé que de ello
»sacaréis gran provecho y que, con la ayuda
»de Dios, por mi actividad y mi celo podré
»llevar adelante este asunto, de tal suerte,
»que Vos seréis muy bien servido. Para ello,
»Vuestra Alteza debe ordenar, por de pron-
»to, que se me envíen cuando menos qui-
»nientos hombres de la Isla Española, a fin
»de que con ellos y los que tengo aquí (todo
»lo más cien hombres útiles para la guerra)
»pueda yo proveer a lo necesario, internarme
»en el país y llegar al mar que dicen hay
»por la parte del mediodía.»

«Como yo no he revelado a mis compañe-
»ros todo lo que sé sobre este punto, y sólo
»se lo he referido superficialmente, el se-
»creto y la verdad de todo es lo que escribo
»a V. A....»

«En esta provincia del Darién se han en-
contrado muchas minas y oro en gran abun-
»dancia. Hay también veinte o treinta rí
»que arrastran oro... Remontando durar
»treinta leguas el gran río de San Juan,

»encuentra a la derecha la provincia de Aba-
»numaqué, riquísima también en oro. Ten-
»go sobre ella noticias ciertas que me han
»dado los indios. Remontando el río Grande
»veinte leguas, se encuentra a la izquierda
»un afluente muy bello y muy grande. Si se
»remonta éste durante dos días, se penetra
»en el territorio del cacique Dobayba. Este
»es un gran señor, dueño de un territorio ex-
»tenso y bien poblado. Tiene mucho oro en
»su casa y, no obstante, esto no se sospe-
»charía si no se estuviera al corriente de
»las cosas de este país...»

«...Muchos indios que los han visto me ase-
»guran que Dobayba posee ciertos cestos de
»oro, de los que cada uno equivale a la carga
»de un hombre. Este cacique guarda todo
»el oro que le traen de la montaña, he aquí
»cómo: a dos jornadas de allí se extiende una
»tierra muy buena; pero poblada por indios
»feroces, que se comen los hombres que pue-
»den capturar. No reconocen ningún señor,
»ni obedecen a nadie. Tienen muchas mi-
»nas, que me han dicho son las más ricas
»del mundo. Están estas minas en un país

»en que se alza una montaña que parece ser la más alta del mundo.»

«...Hace dos años que no se ha visto su »cima más que dos veces, porque está siem»pre cubierta por las nubes... Dos jornadas »separan al cacique Dobayba de estas mi»nas, en las que se recoge el oro sin trabajo, »y esto es de dos maneras diferentes. La »más sencilla es esperar la crecida de los to»rrentes, y cuando luego vuelven a secarse »sus cauces, queda el oro al descubierto; »es el agua la que lo arranca en granos muy »gruesos del interior de la montaña. Dicen »los indios que algunos son gruesos como na»ranjas, y otros semejan planchas planas. Hay »otra manera de recoger el oro: se espera a »que las hierbas del monte estén bien secas »y se les prende fuego, y cuando acaban de »arder, se le busca entre las cenizas...»

«...El cacique tiene una gran fundición en »su casa y cien esclavos trabajando conti»nuamente. Yo sé todo esto de una manera »cierta, porque no me ocupo de otra cosa »por donde quiera que voy...»

«...A una jornada de marcha de Pocorosa

»se yerguen magníficas montañas; son unas »sierras desnudas, sin arboledas, ni más que »algunos bosquecillos junto a los torrentes »que bajan de la cima. Hay allí caciques que »tienen oro en gran cantidad y lo guardan en sacos, como si fuera maíz...

«...De esas montañas parten grandes llanuras hacia el Sur, y los indios aseguran »que el otro mar está a tres leguas de allí. »Los indios de Comagro atribuyen a los caciques del otro mar tan fabulosa riqueza »en oro, que pensando en ello el que los escucha, se siente fuera de sí...»

«...Aseguran que hay oro en todos los ríos »de la otra vertiente, en gran cantidad!...»

«...Dicen que los habitantes de la otra vertiente son pacíficos e inclinados al comercio. Afirman que por el otro mar se puede »navegar hasta en canoa, porque es de ordinario apacible y no entra jamás en furor »como este otro Océano. Creo que debe haber en él muchas islas. Se dice también »que se encuentran en él muchas y muy gruesas perlas; que los caciques poseen gran-

»des cestos llenos de ellas y que todos los »indios y las indias poseen algunas...»

«...El río que va desde el pueblo del ca»cique Comagro al otro mar, antes de llegar »a él se divide en tres brazos, y cada uno »de ellos tiene su desembocadura particu»lar. Se dice que por el brazo que entra en »el mar más a poniente, llegan canoas lle»nas de perlas, para cambiarlas o venderlas »a Comagro; y por el que desemboca al Le»vante, entran las que vienen cargadas de »oro, con el mismo fin, lo que es realmente »cosa increíble e inaudita...»

«Puesto que Nuestro Señor os ha hecho »dueño de una tierra tan grande y tan rica, »Vuestra Alteza no debe olvidarlo; pero es preciso también, Señor, que me enviéis gen»te. Yo me comprometo, con la ayuda de »Dios, a descubrir países tan ricos y en los »cuales se encontrará tanto oro, que se po»drá comprar una parte del universo...»

«...Para el mejor éxito de estas empresas, »yo deseo haceros saber, Señor, lo que es »conveniente y necesario ordenar por el mo-

»mento... Lo primero es que vengan mil hom»bres de la Española, pues los que viniesen »de Castilla no servirían de nada mientras »no estuviesen aclimatados... Después, es pre»ciso que esta tierra sea bien provista de »víveres... Hay que procurar construir aquí »embarcaciones pequeñas, propias para los »ríos, y para esto se necesita pez, remos, ve»las, etc. Vuestra Alteza ordenará asimismo »que se nos envíen doscientas ballestas fa»bricadas con cuidado... y que no pesen más »de dos libras... Necesitamos también dos do»cenas de buenas bombardas de bronce, por»que las de hierro se dañan y destruyen con »la humedad. Hace falta también buena pól»vora. Es preciso construir una fortaleza en »el Darién, y se hará lo más fuerte que sea »posible, porque esta tierra está muy pobla»da y los indígenas nos son hostiles. Otra »se debe levantar en las minas de Tuba»nama, porque también allí hay muchos in»dios. Por ahora estas fortalezas no podrán »hacerse de fábrica, sino con empalizadas »de madera, muy sólida, rellenas de tierra »bien apisonada...»

«...Como en estos momentos los colonos en»vían a pedir ciertos favores a V. A., con»vendría, Señor, que se los otorgáseis en su »mayor parte, porque redundaría en vuestro »mejor servicio... En cuanto al oro que po»seen los indios, y que pasará a nuestro po»der, por trueque o por guerra, conviene á »vuestro Real servicio que dispenséis a los »colonos el favor de no os pagar más que »el quinto de todo. La causa porque esto »conviene a Vuestra Alteza, es que la obli»gación actual de pagar la cuarta parte, les »hace ir a las expediciones con desaliento y »hacer la guerra con repugnancia, porque »la fatiga es excesiva, y prefieren sacar el »oro de las minas que hay cerca de aquí »en abundancia, con tal de no exponer las »vidas en la pelea... Yo prometo a V. A. que »entonces se sacarán cantidades mucho ma»yores que ahora, y al mismo tiempo se ex»plorará y descubrirá el país como Vuestra »Alteza lo desea...»

En el resto de la carta repite varias veces Balboa las mismas noticias que da en los

párrafos copiados, y vuelve a sincerarse y a excusar su conducta con Enciso y Nicuesa, procurando justificarse y desvanecer en el ánimo del rey las prevenciones que supone debe tener contra él por los informes de Enciso y sus amigos.

Después de extenderse sobre este tema, pidiendo al rey justicia, y que le defienda y apoye contra sus numerosos enemigos, hace una petición tan original, en términos tan ingenuos, que no puedo resistir al deseo de copiar ese párrafo, no obstante ser completamente extraño a nuestro asunto, por lo bien que retrata en pocas palabras un aspecto curioso, aunque muy conocido y divulgado por nuestros escritores clásicos, del parasitismo picaresco español de aquellos tiempos.

«Ruego—dice,—a V. A. que ordene que nin»gún Bachiller en Derecho o en otra Cien»cia, a excepción de la Medicina, venga ja»más a estas comarcas, bajo pena de un gra»ve castigo, pues no viene aquí uno que no »sea un demonio... y no sólo son malos en »sí mismos, sino que además enseñan el mal

»a los demás, y tienen mil medios de multi-»plicar las discordias y los pleitos.»

Y termina fechándola en Santa María de la Antigua, de la provincia del Darién, el jueves 21 de enero de 1513.

Poco después de haber enviado esta carta al rey, tuvo Vasco Núñez noticias de Zamudio, anunciándole el mal éxito de sus gestiones en la Corte. Las quejas de Enciso contra Vasco Núñez por haberle despojado violentamente del mando, y los cargos que le hacía por la muerte de Diego Nicuesa, fueron atendidos como merecía, y en su consecuencia se condenó a Balboa a que indemnizase a Enciso en debida forma, y se le procesó por la desaparición de Nicuesa, quedando la causa pendiente de sentencia hasta oir sus descargos.

Balboa, enojosamente sorprendido por estas nuevas, no se amilanó, y decidido a conjurar el peligro que le amenazaba y a salir airoso de aquel conflicto, consiguiendo que en definitiva se resolviese en favor suyo, determinó precipitar los acontecimientos

y emprender sin más dilación su magna expedición al Sur, para borrar pronto con algún hecho ruidoso y brillante aquellos lunares de su pasado y hacerse acreedor a la gratitud del rey, que se vería obligado a recompensarle, y para ello habría de empezar por declararle limpio de culpa y horro de castigo, con lo cual confundiría a sus enemigos y se sobrepondría a ellos para siempre.

Harto sabía Balboa lo muy árdua y arriesgada que era aquella empresa, así acometida, sin preparación ni elementos suficientes; pero forzado a ello por las críticas circunstancias en que se encontraba, prefiriendo cien veces morir gloriosamente a verse destituído y castigado, humillado ante todos, compadecido por sus amigos y vejado por sus enemigos, no tardó en ponerse en movimiento, desde que supo el mal rumbo que llevaban sus asuntos en la corte, más que los días extrictamente precisos para escoger y equipar doscientos hombres y decidirlos a seguirle, arrebatándolos de entusiasmo con

una elocuente y vibrante arenga y haciéndoles creer a ojos cerrados que en pocos días, y sin gran trabajo, serían dueños de los más grandes y hermosos tesoros de la tierra.

IV.

Odisea de Balboa y su gente a través del istmo americano.—Descubrimiento del nuevo mar desde los Andes.—Llegada a sus playas.—Toma de posesión del Mar del Sur por Vasco Núñez de Balboa, en nombre de los Reyes de España.

Nada más fácil hoy que pasar del Atlántico al Pacífico. Ni los intrincados bosques vírgenes, ni las pantanosas y mefíticas marismas, ni los gigantescos y escarpados Andes, presentan al viajero el menor obstáculo en su marcha, ni le ocasionan la más ligera incomodidad. Desde Colón o Aspinwal a Panamá, se puede ir en pocas horas, cómodamente instalado en un vagón de ferrocarril y el cruce del istmo se reduce a un rápido

viaje de negocios o una breve excursión de recreo.

Muy pronto será aún más cómodo y sencillo el acceso de uno a otro océano. Cuando quede abierto al tráfico universal el canal que está próximo a inaugurarse, los más grandes buques pasarán de mar a mar, sin interrumpir su marcha, y los viajeros podrán desde la toldilla ver desfilar ante sus ojos, como en un cinematógrafo, el maravilloso panorama de aquellas comarcas donde hace cuatrocientos años un puñado de españoles llevó a cabo, con sencillo heroismo, una de las más grandiosas empresas que la humanidad ha realizado en el transcurso de los siglos.

Hoy, para salvar la distancia que separa ambos mares, basta con dejarse conducir pasivamente, pensando cada cual en sus asuntos y quejándose tal vez los más exigentes de las molestias del viaje y de las malas condiciones de los medios actuales de transporte.

Pero hace cuatrocientos años, ante aquel puñado de audaces aventureros, que se lan-

zaron a ciegas en lo desconocido, impulsados por su codicia, arrastrados por la fe en su atrevido caudillo y confiados en la protección de la Divina Providencia, se presentaba un vasto territorio, poco menos que inaccesible a la planta del hombre; mejor dicho, del europeo, para el cual todo allí, desde el clima, hasta los más pacíficos y civilizados de sus habitantes, era hostil e inhospitalario.

Una enorme cadena de montañas colosales erguía en el horizonte su imponente masa como un valladar inexpugnable, dispuesto a cerrar el paso a los invasores, si es que conseguían llegar hasta él, salvando los innumerables obstáculos que habían de interponerse en su camino, no por más ocultos y solapados que los Andes menos formidables y difíciles de salvar.

A decir verdad, en el itinerario improvisado de aquella expedición todo era un puro y perenne obstáculo, que a cada momento exigía de Balboa y su gente esfuerzos verdaderamente titánicos y ponía constantemente a prueba su valor y su tenacidad invenci-

bles. Aquellos ríos, aquellas marismas, aquellos bosques y aquellas montañas, estaban de tal modo repletos de dificultades, peligros y asechanzas para los españoles, que, repito, fué un verdadero milagro que llegasen sanos y salvos al fin, y conseguirlo de la manera sencilla y triunfal que ellos lo hicieron, constituye una proeza de tal magnitud, que a mi juicio no la supera, ni aun la iguala ninguna otra de cuantas registra la historia.

Fué aquella jornada una grandiosa epopeya digna del canto de un Homero, y es para mí incomprensible que ningún poeta castellano haya intentado inmortalizar su nombre, esculpiendo en versos imperecederos este magnífico y sublime episodio de la conquista de América, pues no creo que haya asunto ni tema alguno más digno de hacer vibrar las liras de los poetas, ni empleo más adecuado para el lenguaje harmonioso y sonoro de la poesía, que estos hechos excepcionales, por los que sus autores se elevan tan por encima de los demás hombres que se convierten en verdaderos semidioses.

Por las razones anteriormente expuestas, acometió Vasco Núñez su empresa precipitadamente y sin disponer apenas de los elementos más indispensables para llevarla a cabo con probabilidades de éxito. Pero como hacía largo tiempo meditaba de continuo sobre ella y la había estudiado y analizado con todo detenimiento hasta en sus más mínimos pormenores, pudo rápidamente trazarse un plan conveniente y adecuado a las circunstancias, que le permitiera utilizar provechosamente los medios de acción con que contaba y reducir al menor límite posible los riesgos y eventualidades adversas que en todo caso, siempre le habría sido imposible evitar por completo.

Por esa razón, más aún que para rehuir la penosa y arriesgada travesía de las lagunas y marismas que cubren todo el terreno por donde corren los trece brazos en que se divide el río Atrato poco antes de desembocar en el mar, en cuyos remolinos y bancos de enmarañadas plantas y raíces acuáticas sabía por experiencia Balboa que podría fácilmente fracasar su empeño al em-

pezar la jornada, decidió ir embarcado, costeando, hasta la residencia de su amigo y semi suegro Careta, del que se prometía obtener un eficaz auxilio en hombres y provisiones, para emprender ya desde allí, con los refuerzos que de su aliado consiguiera y por lugares algo menos intransitables y peligrosos, el camino directo, tierra adentro, por el cual se proponía llegar en atrevidas y breves jornadas a las auríferas orillas de aquel mar desconocido, en cuyas aguas, como en las de un nuevo Jordán, esperaba purificarse y redimirse de sus faltas pasadas, que tanto pesaban en su conciencia y cuyas funestas consecuencias tanto temía.

Embarcóse, pues, con su pequeño ejército expedicionario en un bergantín y nueve grandes canoas, y en uno de los primeros días de septiembre de 1513 se dió a la vela con dirección a Coyba.

Allí dejó algunos de sus hombres para que guardasen las embarcaciones y le pudiesen servir, en caso necesario, de reserva y de apoyo en la retirada, y en cambio nutrió sus filas con unas cuantas docenas de indios,

fuertes y aguerridos, que puso a su disposición Careta para que le sirviesen de guías, le abriesen camino a través de la selva, le auxiliasen en todas las necesidades del viaje, y, si era preciso, luchasen a su lado, como amigos y aliados, contra las tribus que pretendieran oponerse al paso de la columna.

Entonces puede decirse que empezó realmente la expedición con todos sus peligros y dificultades, que aumentaban sin cesar a medida que los conquistadores avanzaban en su marcha. Entonces aquel grupo de ambiciosos temerarios tuvo que emprender una lucha encarnizada y tenaz, verdaderamente titánica, contra todo cuanto les rodeaba, pues todo les era adverso, todo se oponía a su avance, cerrándoles el paso con incesantes obstáculos y amenazando sus existencias con todo género de riesgos y asechanzas.

Cierto que los indios que les acompañaban les eran sumamente útiles y que gracias a ellos se salvaban fácilmente muchos inconvenientes y se vencían no pocas dificultades. Delante de la columna iban algunos abriendo paso, con hachas y machetes que les dió

Balboa, a través de la espesísima maleza que ocultaba el suelo y de la intrincadísima red de parásitas y trepadoras que colgando de los árboles, les envolvía por completo en sus apretadas mallas, buscando hábilmente la ruta que convenía seguir, evitando los malos pasos, flanqueando los pantanos y marismas, peligrosísimos, por ser casi invisibles para ojos inexpertos, rehuyendo el encuentro con las fieras o dándolas muerte antes de que pudieran atacar a la columna, y eligiendo para acampar los parajes más apropiados y seguros. Cazaban también con sus arcos diestramente, en cuya tarea les ayudaban algunos de los españoles, y recogían al paso los abundantes y sabrosos frutos comestibles del bosque, que preferían para su alimentación a toda otra clase de vituallas.

Pero no podían evitar que el calor y el peso de sus armaduras abrumase a los españoles, que el sol los abrasara, que los insectos los devorasen y que las fiebres y la disentería los aniquilasen; no podían impedir que algunos cayesen rendidos y que otros sufriesen graves percances, ineludibles en tan

esforzada y azarosa marcha por lo más recóndito e intrincado de aquellas selvas, en las que tantos exploradores han encontrado después la muerte y que aún hoy no son nada fáciles de cruzar, a pesar de los caminos que se ha pretendido trazar en ellas y que la exhuberantísima vegetación tropical cierra apenas abiertos.

No obstante, merced a su energía y a la gran sugestión que ejercía sobre su gente, consiguió Balboa llegar con bastante rapidez, y sin sufrir muchas bajas, al pueblo del cacique Ponca, donde se proponía descansar y dejar otro destacamento que le guardase las espaldas; pero habiendo sabido que se aproximaban los españoles, y suponiéndoles intenciones hostiles, todos los habitantes del poblado, con Ponca a la cabeza, huyeron a los bosques inmediatos.

Instaláronse los españoles en las viviendas abandonadas por los fugitivos, para reponerse de las fatigas y quebrantos sufridos, y Balboa, atento a la ejecución de su plan con escrupulosa exactitud, único modo de conseguir que no se malograse su empresa, prohibió a los

suyos terminantemente, bajo pena de la vida, que saqueasen el pueblo, como se proponían hacerlo, siguiendo su costumbre de invasores codiciosos, ni aún tomasen siquiera más víveres de los indispensables para sustentarse en el día, y envió a Ponca un mensaje diciéndole que venía a visitarle porque quería ser su amigo y pactar con él una alianza para guerrear juntos contra otros caciques enemigos de ambos, y que a tal efecto, deseaba verle en seguida.

Acudió Ponca presuroso al llamamiento, y tras él fueron llegando todos sus vasallos, tranquilos y contentos al ver la actitud pacífica y amistosa de los españoles, y para demostrarles su satisfacción y su afecto, les colmaron de atenciones y les brindaron generosa hospitalidad.

Con su acostumbrada habilidad, supo Balboa ganarse la voluntad y la confianza de Ponca, tan bien, que al conocer éste sus propósitos, le comunicó cuanto sabía sobre los territorios que habían de atravesar los expedicionarios, especialmente sobre la cordillera de los Andes, desde cuyas altas cimas

podrían ya contemplar «el mar del otro lado» en toda su magnífica grandeza y una gran extensión de tierra, la más rica del mundo en minas de oro, y le dió además abundantísimas provisiones y algunos hombres para que se las porteasen y le sirviesen de guías en su ascensión por las montañas.

Vasco Núñez correspondió a los valiosos obsequios de Ponca, regalándole a su vez una porción de vistosas baratijas y repartiendo entre sus allegados algunos cuchillos y hachas de hierro, dispuso que se volviesen a Coyba los indios de Careta y algunos españoles que estaban enfermos, y reanudó la marcha el 20 de septiembre, en dirección a los ya próximos Andes, que aparecían en el horizonte cada vez más elevados e imponentes.

Esta segunda parte de la marcha fué todavía más difícil y penosa que la primera, pues para llegar a las primeras estribaciones de las montañas, era preciso antes cruzar varios ríos profundos y rápidos, infestados de caimanes y peces caribes y que había que pasar en toscas y endebles balsas, en

las que era muy fácil zozobrar, o bien por algún dificultoso vado, conocido apenas por los mismos indios, metiéndose en agua y barro hasta la cintura y corriendo el riesgo de ser arrastrado por la corriente o cogido al paso por algún caimán en acecho, sufriendo las mordeduras de los voraces peces caribes y llevándose con el agua y el cieno los gérmenes de la fiebre, que era uno de sus peores y más encarnizados enemigos.

En cuatro días sólo pudieron avanzar unas diez leguas; pero al cabo de ellas tuvieron la satisfacción de verse fuera de aquel dédalo de ríos, arroyos y canales, y se encontraron en un terreno montañoso y abrupto, pero despejado y fácilmente transitable, andando por el que llegaron pronto al territorio del poderoso y temible (para los demás reyezuelos indios, que le temían y respetaban sobremanera) cacique Cuareca, enemigo irreconciliable de Ponca, el cual salió al encuentro de los españoles, al frente de un gran número de indios armados de arcos, lanzas y mazas, y los amenazó con no dejar uno vivo si se obstinaban en seguir ade-

lante. Viendo que los españoles no hacían ningún caso de sus advertencias y amenazas, se lanzó sobre ellos, seguido de sus feroces guerreros, dando todos en bárbara competencia, enormes saltos y grandes alaridos, que a su parecer debían producir en el enemigo un espantoso pánico.

La descarga de algunos mosquetes bastó para dispersarlos y ponerlos en precipitada fuga, pues sin duda el ruido de los disparos y los certeros efectos de algunos, les hicieron creer que los blancos disponían a su antojo del trueno y del rayo para exterminar a sus enemigos.

Para asegurar la victoria, ordenó Vasco Núñez que su gente persiguiese sin cuartel a los vencidos, y de ese modo mataron en poco tiempo a más de seiscientos, entre ellos el mismo Cuareca, hirieron a muchos más y cautivaron a unos cuantos. Parte de esta hecatombe fué obra de los *perros bravos* que utilizaban los españoles en América como animales de guerra, uno de los cuales, perteneciente a Balboa, y llamado Leoncico, se hizo célebre por su ferocidad con los indios y

por el terrible miedo que llegaron a tenerle éstos.

El pueblo de Cuareca estaba situado al pié del alto pico andino, desde cuya cumbre habían de ver el mar los expedicionarios. Vasco Núñez ardía en deseos de trepar a su cima sin dilación; pero sus hombres estaban materialmente deshechos por las fatigas del viaje y las enfermedades que los diezmaban, y no tuvo más remedio que aplazar por unos días la anhelada ascensión, para que su hueste se rehiciese un tanto. Aun así, no pudo reunir más que sesenta y siete hombres útiles, de los doscientos que salieron de Santa María, veinte o veintidós días antes.

Dejó allí a los enfermos y heridos y se volvió a poner en camino, al frente de los pocos que estaban en condiciones de acompañarle, al amanecer del día 26 de septiembre. Hacia las diez de la mañana salieron de la selva que cubría las laderas de la montaña, que iban escalando en su parte más baja, y se encontraron en un terreno árido y pedregoso, que formaba la cumbre de aquel

pétreo coloso, uno de los mayores de la cordillera. A poco camino más, señalaron los guías una eminencia escarpada y solitaria desde la cual era ya visible el mar del Sur. Vasco Núñez, que quería ser el primer español que lo contemplase, como su verdadero descubridor, mandó hacer alto y subió solo al pico designado por los indios.

Apenas hubo llegado, cuando ante sus deslumbrados ojos apareció en toda su inmensidad majestuosa el gran Océano Pacífico. Sin vacilar mientes en el también grandioso panorama [illegible] que se extendía a sus pies, cayó de rodillas y alzó la mirada y las manos al cielo, como en señal de admiración y reconocimiento.

Al ver [illegible] actitud de Vasco Núñez, que era una verdadera plegaria muda, comprendieron los españoles que estaban a la vista de aquella ansiada tierra de promisión que iban buscando, pues el mar nuevo era para ellos lo de menos, y se abrazaron, llorando de alegría, y dando estentóreos gritos, aclamaron a su esclarecido y victorioso jefe. Un sacerdote que se encon-

traba entre ellos, Andrés Vara, entonó el «Tedeum», y todos le corearon con piadoso entusiasmo. A continuación derribaron un árbol, hicieron con él una tosca cruz y la clavaron sobre un montón de piedras; grabaron en las cortezas de otros los nombres de los reyes de Castilla y de Aragón, y dieron tales señales de júbilo y de entusiasmo, que los indios que los contemplaban en silencio, aunque [illegible] los [illegible] [illegible]eran, debieron adivinar la gran[illegible] de [illegible] interesante escena histórica de que [illegible] testi[illegible].

Andrés V[illegible] [illegible] y secretario de Balbo[illegible] [illegible] consig-

[illegible]

[illegible] hombres de bien que concurrieron »al [illegible] del mar del Sur a las órdenes del muy noble »señor [illegible] Vasco Núñez de Balboa, gobernador de Santa Ma»ría y [illegible] Tierra Firme, fueron los siguientes: Prime»ramente [illegible] señor Vasco Núñez, el cual fué el primero que vió el »nuevo océano; y después todos juntos: Andrés Vara, clérigo; Fran»cisco Pizarro, Diego Albítez, Fabián Pérez, Bernardino de Mo»rales, Diego Tejerina, Cristóbal de Valdehuso, Bernardino Cien»fuegos, Sebastián de Grijalba, Francisco Dávila, Juan de Espi»nosa, Juan de Velasco, Benito Durán, Andrés de Molina, Anto»nio de Baracaldo, Pedro de Escobar, Cristóbal Daza, Francisco »Pesado, Alonso de Guadalupe, Hernando Muñoz, Hernando Hi»dalgo, Juan Rubio de Malpartida, Alvaro de Bolaños, Alonso Ruiz, »Francisco de Lucena, Martín Ruiz, Pascual Rubio de Malpartida, »Francisco González de Guadalcanal, Francisco Martín de Palos, »Hernando Díaz, Andrés García de Jaén, Luis Gutiérrez, Alonso

nando que Vasco Núñez había descubierto en aquellos momentos el mar del Sur, yendo acompañado por los caballeros, hidalgos y hombres de bien que enumera uno por uno a continuación, y termina autorizando el documento y dando fe de que los sesenta y seis hombres mencionados en el acta y él mismo además, fueron los primeros cristianos que vieron aquel mar.

Inmediatamente dispuso Vasco Núñez el descenso en dirección al nuevo Océano, del cual deseaba tomar posesión lo más pronto posible, en nombre de los reyes Don Fernando y Doña Juana.

»Sebastián, Juan Zahinos, Rodrigo Velázquez, Juan Camacho, Diego »de Montehermoso, Juan Mateos Alonso (Maestre de Santiago); Gre»gorio Ponce, Francisco de la Torre, Miguel Crespo, Miguel Sán»chez, Martín García, Cristóbal de León, Juan Martínez, Francisco »de Valdenebro, Juan de Beas Lopo, Juan Ferrol, Juan Gutié»rrez de Toledo, Juan Portillo, Juan García de Jaén, Mateo Lo»zano, Juan de Medellín, Alonso Martín de Asturias, Juan García, »Juan Gallego, Francisco Lentino, Juan del Puerto, Francisco de »Arias, Pedro de Orduña, Nuño de Olano Negro, Pedro Fernán»dez de Arocha.

»Yo, Andrés de Valderrábano, notario de Sus Altezas, los Re»yes, en la Corte y en todos sus Reinos y señoríos, estuve pre»sente y doy fe cómo todo lo antedicho es la verdad y los sesenta »y seis nombrados (entre los cuales me cuento como uno de ellos »yo mismo) fueron los primeros cristianos que vieron el Mar del »Sur. A los 26 días de septiembre del año de Nuestro Señor 1513.»

Todavía, antes de llegar a las playas del Pacífico, tuvieron que sufrir algunas fatigas y contratiempos, y hasta librar una batalla con el cacique Cheapes, que, como Cuareca, quiso oponerse al paso de los españoles por su territorio. Vencido fácilmente éste, a pesar de ser tan pocos los españoles, gracias, más que nada, al estrépito de las armas de fuego, Balboa le trató con calculada generosidad para captarse su amistad y recabar de él la ayuda que necesitaba para rematar su obra, y Cheapes se sometió, reconocido, a su vencedor, y puso a disposición de él su persona y su casa y todo su pueblo.

Vasco Núñez, aprovechando esta favorable actitud de Cheapes, se quedó con él unos días para descansar, y ordenó que entretanto saliesen tres patrullas, mandadas por Francisco Pizarro, Juan de Escaray y Martín Alonso, en busca del camino más corto para llegar al mar.

El primero que lo halló fué Alonso, quien a los dos días de caminar llegó a una playa en la que encontró dos canoas varadas en la arena. Martín Alonso hizo llevar una has-

ta el agua, y metiéndose en ella, puso a sus compañeros por testigos de que él era el primer español que entraba en el Mar del Sur, ejemplo que siguió en seguida otro llamado Blas de Atienza, metiéndose en la otra canoa y pidiendo testimonio de que él era el segundo que navegaba en aquellas aguas.

El 29 de septeimbre llegó Balboa a su vez a la orilla del mar, que sereno y majestuoso se ofrecía a la vista de los españoles en una extensión sin límites. Nada turbaba su grandiosa placidez; apenas rizaba su superficie una ligera brisa, que le hacía acariciar con blandas olas las doradas arenas de la playa. Ni un sér humano, fuera de nuestros héroes, parecía por aquellos contornos; ni una vela se veía en el horizonte; nada turbaba el solemne silencio de aquel momento sublime. Los inmensos y exhuberantes bosques de la costa, que llegaban al mismo borde de la playa, aparecían tan grandiosos y tan desiertos como el mismo Océano. Anonadado por la magnificencia de aquel espectáculo y abrumado por la honda emoción que le embargaba, Vasco Núñez volvió a caer de rodillas,

como en lo alto de los Andes, y así permaneció unos segundos, que a los presentes les parecieron siglos.

Después, irguiéndose arrogante y altivo, con un continente soberbio que le daba apariencias de gigante, avanzó resueltamente, entró en el mar hasta que el agua le llegó a la cintura y desenvainando la espada y blandiéndola en el aire, gritó con voz clara y fuerte:

«—Vivan nuestros muy poderosos y altos Señores los Reyes de Castilla y León y de Aragón, Don Fernando y Doña Juana, en nombre y representación de los cuales, yo, Vasco Núñez de Balboa, gobernador de Santa María del Darién y Adelantado de Tierra Firme, tomo hoy, para la Corona de Castilla, posesión real, corporal y actual de estos mares, tierras, costas, puertos e islas del Sur y de todas sus partes y dependencias y de sus reinos y provincias. Y si algún otro príncipe o capitán, cristiano o infiel, cualesquiera que sea su ley, su secta o su condición, pretende tener algún derecho so-

bre estas tierras y sobre estos mares e islas, yo estoy pronto y dispuesto a defenderlos y protegerlos en nombre de los monarcas castellanos, presentes y futuros, a quienes pertenece el imperio y dominación de estas Indias, islas y tierra firme, al Norte y al Sur, con todos sus mares hasta los polos Ártico y Antártico, a ambos lados de la línea equinoccial, dentro y fuera de los trópicos de Cáncer y de Capricornio (1), ahora y en todos los tiempos, mientras el mundo dure y hasta el día del Juicio Final.»

Los españoles contestaron a esta bizarra y denodada arenga con las más entusiastas y calurosas aclamaciones, y como no se presentó ningún *príncipe* ni *capitán*, ni cristiano ni infiel a contradecir a Balboa y aceptar su desafío, el notario Valderrábano redactó un acta de la toma de posesión por Balboa de aquellas tierras y mares para los

(1) Como se ve, Balboa debía desconocer la célebre Bula de Alejandro VI, partiendo los mares y las tierras de Indias entre España y Portugal, o tal vez en aquellos momentos de verdadera embriaguez, desafiaba osadamente la autoridad del Sumo Pontífice, sin miedo a incurrir en pena de excomunión.

reyes de España, refiriendo el solemne acto puntual y detalladamente, y en ella, los que sabían escribir, estamparon sus firmas, y los demás trazaron sendas cruces, para que constase, a más de su testimonio en apoyo de la veracidad del documento y su contenido, su presencia y personal participación en tan alto y extraordinario suceso.

V

Naufragio de Balboa en el golfo de San Miguel. —La pesca de las perlas.—Regreso al Darién por un nuevo camino.—Sumisión de los indios.—El peso del botín.—Llegada a Santa María.

Antes de regresar a Santa María, deseaba Balboa explorar la comarca que acababa de descubrir y enterarse minuciosamente de su población, producciones y riquezas, sentar las bases de la dominación de España en aquella región, sometiendo a vasallaje a los principales caciques y obtener además algunas nuevas referencias sobre los lejanos países bañados por aquel mar, de los que le había dado noticias tan maravillosas el hijo de Comagro.

Tenía también un vehementísimo deseo de

explorar, embarcado, el mar del Sur y sus costas más próximas, para completar así su descubrimiento y ratificar su toma de posesión.

Y, por último, se proponía coronar su empresa regresando a Santa María por otro camino distinto del que había seguido a la ida, a fin de extender todo lo posible el campo de sus exploraciones y conquistas por el continente y poder ofrecer al rey, al rendirle cuenta de su viaje, un vasto territorio nuevo que fuese uno de los más preciados florones de la corona de Castilla.

Por todo lo cual, se instaló en el pueblo de Cheapes y envió desde allí mensajeros a todos los puntos en que habían quedado rezagados la mayor parte de sus hombres, para que se le incorporasen lo más pronto que les fuese posible.

Cuando expuso a Cheapes su propósito de embarcarse para explorar las costas próximas, por lo menos las de aquel golfo que allí se abría y al que, como ya dije antes, dió Balboa el nombre de Golfo de San Miguel, por haber pisado su playa el día 29 de septiembre,

su nuevo aliado trató de disuadirle de ello, exponiéndole que en aquella época del año era muy peligroso navegar en aquel mar, por estar continuamente agitadas las aguas y ser frecuentes y muy violentas las tempestades.

«Vasco, que no podía soportar el descanso »—dice Pedro Mártir, refiriendo estos suce»sos,—creía y afirmaba que Dios y todos los »santos del cielo favorecerían su empresa, »pues no podían dejar de mirar con interés »una expedición por la cual había de exten»derse la influencia de la Religión Cristiana, »y se habían de ganar grandes tesoros que »permitirían combatir a los enemigos de la »fe. Persuade de ese modo a sus compañeros »y se embarcan todos en las canoas de Chea»pes, acompañados por éste y algunos otros »indios. Apenas se habían alejado algunos »metros de la orilla, cuando les asaltó una »tempestad tan violenta, que no sabían que »hacer, a qué lado dirigirse, ni dónde bus»car refugio. Se miraban unos a otros tembloro»sos y sobrecogidos. Por fin, escaparon al »peligro refugiándose en un islote próximo, »en el que tomaron tierra después de dejar

»las canoas sujetas a las peñas de la orilla. »Durante la noche subió la marea y cubrió »casi por entero la isla. A la mañana siguien»te, cuando volvió a bajar y fueron a la ori»lla para embarcarse de nuevo, se quedaron »estupefactos. Todas las barcas estaban des»trozadas y llenas de arena, y algunas aplas»tadas y abiertas. Las repararon con cortezas »de árboles, con plantas marinas muy resis»tentes, y hasta con hierba.»

Balboa, muy contrariado por este fracaso, quería volver a empezar; pero los indios le convencieron de que sería temerario, y le hicieron desistir. Entonces volvió a dedicarse con ardor al estudio de los productos y riquezas del país, y especialmente al de la pesca de perlas, que preferentemente cautivó su atención y su interés. Estas perlas eran generalmente pequeñas, y estaban casi todas quemadas, porque los indios, para abrir las ostras, las metían en el fuego; pero algunas que extrajeron por sí mismos los españoles eran perfectas y del más bello oriente. Los indios, que sólo las recogían para co-

merse las ostras, les dieron millares de ellas, tanto a Balboa como a todos los demás.

Poco a poco fueron llegando todos los españoles que habían quedado dispersos en las diversas etapas de su peregrinación a través del istmo, y tan pronto como estuvieron todos reunidos, Balboa, que ardía en impaciencia por el deseo de dar a conocer los resultados de su empresa y solicitar el perdón del rey, como recompensa por sus descubrimientos y conquistas, dispuso regresar sin dilación a Santa María del Darién, siguiendo una nueva ruta, a fin de reconocer y someter a la soberanía de España todos aquellos nuevos y riquísimos territorios.

También este viaje fué muy penoso, principalmente por la falta de agua, pues hasta que llegaron a los Andes, no encontraron ningún río ni manantial, y agotada la provisión que llevaban consigo, padecieron horriblemente por su falta, estando algunos a punto de morir de sed. Felizmente, Balboa empezaba a hacerse popular entre los indígenas comarcanos, cuyos caciques le temían por las noticias que tenían de sus recientes

victorias, le admiraban por su valor y su arrogancia y se sentían atraídos hacia él por su generosidad con los vencidos y su cortés afabilidad con todos. Así es que no tuvieron que volver a empuñar las armas, y en todas las tribus que encontraron en su camino fueron bien acogidos y disfrutaron de espléndida hospitalidad. Todos los caciques del país recorrido rindieron vasallaje y prometieron sumisión y tributos a Balboa, solicitando, en cambio, su amistad y protección, y le hicieron valiosísimos presentes en oro, perlas y esclavos.

Uno solo, llamado Paera, discrepó de esta conducta, y con él Balboa fué inexorable, como lo había sido con Cuareca. «Era—decía Balboa en una carta, que cita »Pedro Mártir,—tan disforme, tan sucio, tan »repugnante, que no se puede imaginar nada »más abominable. La Naturaleza se había li»mitado a darle figura humana; pero en lo »demás, era una verdadera bestia, salvaje y »monstruosa.» Se negó tenazmente a acatar la autoridad de Balboa y a pagarle el más mínimo tributo. Ni ruegos, ni amenazas, pu-

dieron vencer su ruda testarudez. Puesto en el tormento, siguió negándose a todo con la misma entereza. Exasperado Balboa por una resistencia a la que no estaba acostumbrado, y habiendo recibido varias quejas y acusaciones de otros caciques contra Paera, quien, según ellos, era un déspota feroz que perturbaba el país constantemente con sus tropelías y depredaciones, lo condenó a muerte, haciéndolo destrozar por sus mastines.

Es de suponer que Vasco Núñez, que no solía ser cruel y habitualmente trataba a los indios con benevolencia y hasta con cariño, tuviese alguna razón especial para condenar a muerte a Paera, de quien nada tenía que temer, y para hacerle ejecutar de una manera tan horrible y sanguinaria. Tal vez lo hizo con la mira de consolidar la amistad y sumisión de aquellos otros caciques que le habían pedido justicia y protección contra Paera, a los cuales, sin duda, satisfaría verse libres de su enemigo y que al mismo tiempo comprenderían cuán peligroso podía ser para ellos el faltar en lo más mínimo a sus *compromisos con Balboa.*

Un mes se detuvo Vasco Núñez en el pueblo de Pacra para descansar, y allí acabaron de incorporársele algunos de sus hombres que no habían podido hacerlo antes. Continuaron después su marcha por un terreno cada vez más montañoso y quebrado, lo cual hacía la marcha muy penosa, y pasaron en aquella etapa grandes trabajos, hambre, sed y cansancio, hasta tal extremo, que varios españoles y muchos indios murieron, y otros fueron quedándose rezagados por el camino, por serles materialmente imposible dar un paso más. Los pueblos por los que pasaban, además de ser pocos y muy distantes unos de otros, eran tan pobres, que no había en ellos provisiones bastantes para las necesidades de aquella caravana bélica, que se disponía a franquear de nuevo los Andes, volviendo a sus lares triunfante y famélica, cargada hasta más no poder de oro y de perlas y sin un pedazo de pan para llevarse a la boca, ni un buche de agua con que refrescar las fauces secas y los pechos rendidos y abrasados.

Y sin embargo, cuando en un pueblo, por

dichoso acaso, hallaban provisiones abundantes, permanecían en él un día, dos y hasta tres, para saciar su hambre de lobos y reparar el cansancio que les aniquilaba; pero al tiempo de partir, lo primero con que cargaban las bronceadas espaldas de sus esclavos y sus propios hombros, era el oro, el rico metal, siempre codiciado y con más ansia buscado cada vez. Después, si podían, añadían a los pesados fardos del botín unos odres de agua y algunos víveres, y dominados por la avaricia, se condenaban gustosos a volver a pasar al día siguiente los mismos tormentos del anterior, con tal de no desprenderse de una sola perla, ni de la más minúscula pepita de oro.

Por ese motivo sufrían terriblemente, mucho más que a la ida, pudiendo haber hecho, por el contrario, el regreso en mejores condiciones. Días enteros marcharon sin más comestibles que los frutos silvestres, y sin más agua que la corrompida de algún pantano, por inmensos bosques impenetrables y luego por terrenos areniscos movedizos, que cedían bajo los pies, impidiéndoles avanzar.

Casi nunca encontraban los senderos que les habían indicado, no obstante que algunos indios conocían bastante aquellos parajes y era preciso casi siempre abrirse paso con los machetes y las hachas a través de la vegetación exhuberante y enmarañada que por todas partes les rodeaba.

Para colmo de desdichas, fueron alcanzados un día por una de esas violentísimas tormentas tan frecuentes en la América Central, que llenan de pavor al más valiente, y que son realmente temibles. Tan negras y espesas son las nubes, que pasan rasando las copas de los árboles, que el día más esplendoroso se convierte repentinamente en una lóbrega noche; el viento sacude violentamente los árboles, cuyo ruido semeja el del mar en los bajos, y los troncha como si fuesen frágiles cañas. La luz lívida de los relámpagos ilumina incesantemente la escena y los truenos retumban con tal fragor, que parece que la tierra estalla y se rompe en mil pedazos. Al fin descarga el chubasco, verdadero diluvio que todo lo arrasa y ante el cual los animales huyen enloquecidos de

terror, y los indios, si no tienen cerca un seguro refugio, permanecen inmóviles, procurando guarecerse bajo algún árbol corpulento. Pero Balboa y los suyos, apremiados por el hambre, siguieron caminando imperturbables, aguantando estóicamente la descarga de las nubes, que era un verdadero torrente desbordado.

Por fin llegaron, cuando estaban ya a punto de desfallecer hasta los más resistentes, al pueblo del cacique Pocorosa, que los recibió cordialmente y los invitó a permanecer algún tiempo a su lado para descansar y reponerse. Aceptaron gozosos los españoles, y no podían por menos de hacerlo así, pues extenuados por el hambre y la fatiga, en tal extremo que parecían momias o espectros vivientes, y literalmente aplastados por el peso abrumador de su botín, les era de todo punto imposible dar un paso más.

Dueños de grandes riquezas, con las cuales esperaban trasladarse pronto a España y vivir felices y poderosos el resto de sus días, por de pronto eran verdaderos esclavos de

sus tesoros, que sólo les producían privaciones y sufrimientos, y a los cuales todo habían de sacrificarlo, casi hasta la misma existencia, para podérselos llevar consigo; su adquisición les había sido fácil; pero su conservación les era bien penosa, y no pocos perdieron en cambio de ellos tesoros mucho más preciosos, como son la salud y la vida, en aquella terrible y dantesca peregrinación a través del istmo americano, en el que hoy también miles de hombres, muchos compatriotas nuestros y, por tanto, de aquellos héroes, han agotado sus energías y su vida en otra empresa no menos grandiosa y más útil, si bien más prosáica y obscura.

Cerca de un mes llevaban ya en el pueblo de Pocorosa los conquistadores, cuando supo Balboa que un cacique vecino, llamado Tubanama, que tenía fama de poderoso y valiente entre los indios y por cuyo territorio tenían que pasar forzosamente al reanudar la marcha, se había jactado repetidas veces de no temer a los españoles, y se había mostrado seguro de vencerlos y poner fin a sus victorias y proezas, si intentaban penetrar

en su territorio. Acto continuo resolvió Vasco Núñez acometerle sin pérdida de tiempo, y cayendo sobre él de improviso, con los únicos sesenta hombres que estaban en condiciones de pelear, tuvo la fortuna de cogerle desprevenido y hacerle prisionero, sin necesidad de combatir. Tubanama, al verse cautivo, se humilló de tal manera, que Vasco, compadecido, le perdonó la vida, aceptándole el cuantioso rescate que por su cabeza ofreció el cacique, que era uno de los más ricos de la comarca. Convencido Balboa de ésto, por las noticias que le dieron y las investigaciones que personalmente hizo, se propuso volver pronto, para fundar un pueblo de españoles, con objeto de explotar las minas de oro, más abundantes allí que en ninguna otra parte de las tierras que acababa de recorrer, toda vez que por el momento no podía detenerse más, ni dejar los hombres necesarios para ello.

Además de la gran cantidad de oro que pagó Tubanama para salvar su vida y su libertad, le exigió Vasco Núñez un gran contingente de esclavos, para que porteasen des-

de allí al fin del viaje, no sólo todo el cargamento e impedimenta de la caravana, sino también a algunos de los expedicionarios, que ya no podían ni aun tenerse en pié, entre los cuales se contaba el mismo Vasco, atacado por la fiebre hacía algún tiempo y aniquilado además, a pesar de su gran robustez y energía, por los hercúleos trabajos que la realización de su empresa, en la forma acertada y cabal que hemos visto, le había impuesto.

Continuaron, pues, su viaje de regreso al Daríen de allí a pocos días, yendo Balboa y unos pocos más conducidos en hamacas; otros cuantos a hombros de sus esclavos, y los restantes a pié; pero sin carga ni fardo alguno que les abrumase como antes, dedicándose a vigilar a los numerosos indios que transportaban sus tesoros y el agua y los víveres, ahora abundantes y de mejor calidad.

Lentamente, haciendo jornadas muy cortas y frecuentes altos, recorrieron esta etapa, que terminó en el pueblo del cacique Comagro. Este había muerto; pero su hijo mayor, el que por primera vez había hablado a Balboa

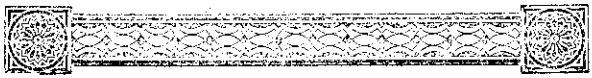
del Mar del Sur y de los mágicos países de sus costas, los recibió con placer y admiración y los hospedó y agasajó con más esplendidez, si cabe, que la vez primera, reteniéndolos algunos días en su compañía.

De allí pasaron al pueblo de Ponca, donde se encontraron con unos españoles recién llegados de Santa María, quienes les comunicaron que acababan de llegar de la Isla Española dos navíos cargados de víveres, armas y municiones. Impaciente Balboa por saber si también le traían alguna noticia del estado de sus asuntos, sobreponiéndose al cansancio y a la fiebre que le abrasaba, se adelantó, dirigéndosie a toda prisa, a pié y escoltado por veinte soldados, a Coyba, donde se embarcó en el bergantín que había dejado allí antes; y llegó por fin a Santa María el 21 de enero de 1514, a los cuatro meses y veinte días de haber salido.

Excusado es decir con cuánto júbilo y entusiasmo fué recibido y aclamado en la colonia, sentimientos que se elevaron al más alto grado cuando se divulgó la noticia de los importantes descubrimientos y conquistas que

había realizado el intrépido extremeño, y rayaron en verdadero delirio al anunciar éste públicamente que una parte, no pequeña, del riquísimo botín que traía, se repartiría entre los habitantes de Santa María, para que todos participasen de un modo directo y positivo del éxito y del provecho de la afortunada expedición llevada a cabo por su gobernador.

Fácilmente se comprenderá lo que este rasgo generoso aumentó la popularidad, ya grande, de Balboa en la colonia del Darién, acabándole de granjear la adhesión incondicional de todos sus compatriotas. Pero, desgraciadamente, ni esta esplendidez, ni su conducta desinteresada y caballerosa, ni la magnitud de sus proezas, dignas de las más altas recompensas, bastaron a contrarrestar las intrigas de sus enemigos, acosado por los cuales, el intrépido y desgraciado descubridor llegó, de tropiezo en tropiezo y de humillación en humillación, al trágico desenlace de perder la vida en el patíbulo, cuando se preparaba a volver a las costas del Pacífico para reanudar sus exploraciones y conquistas.



VI

Intrigas contra Balboa en Castilla.—Nombramiento de Pedro Arias de Avila para el gobierno de la Castilla de Oro.—Llegada del nuevo gobernador y su conducta con Vasco Núñez.—Residencia y absolución de éste.—Malestar en la colonia.—Expediciones desgraciadas.—Balboa escribe de nuevo al Rey.

Las quejas y acusaciones elevadas al rey por el bachiller Enciso contra Balboa, por haberle despojado violentamente del gobierno del Darién y por la expulsión y el naufragio y muerte consecutivos y ya comprobados de Nicuesa, fueron hábilmente contrarrestadas por los amigos que Vasco Núñez había enviado a España con dicho objeto y que eran, como ya sabemos, Juan Zamudio, Juan de Caicedo, Diego Colmenares y

Sebastián del Campo. Los informes que éstos dieron al monarca y a sus consejeros sobre el estado cada vez más próspero y floreciente de la colonia de Santa María, debido exclusivamente al buen gobierno y prudente dirección de Vasco Núñez y sobre los grandiosos proyectos que éste había concebido y cuya ejecución preparaba cuando ellos se embarcaron, para la exploración y conquista de Tierra Firme, produjeron grandísima impresión en la Corte en favor del insigne je-

rey llegaron a pesar mucho más los indis-

igual fortuna y fruto todas sus fecundas iniciativas.

Pero entre los consejeros reales había algunos que eran muy amigos de Enciso y estaban resueltos a dejarle vengado y satisfecho en sus agravios, y hasta, a ser posible, desembarazarle de su contrincante para que pudiese volver a ocupar el puesto de que aquél le había desposeído. Uno de ellos, el Arzobispo de Burgos, don Juan Fonseca, que se había distinguido ya en varias ocasiones por su animosidad contra Colón y otros navegantes y exploradores de América, fué encargado por los demás de hablar al rey, para exponer respetuosamente a la real consideración su humilde parecer de que cualquiera que fuese en definitiva la determinación que el monarca adoptase respecto de Vasco Núñez y aun cuando se resolviese a premiar los actos meritorios de éste y a no castigarle por sus delitos, como sin duda lo haría un rey tan justiciero, no sería prudente confiar la suerte de una tan importante y rica provincia como la Castilla de Oro a un simple aventurero, insustituíble como capitán y ex-

plorador, pero incapaz de gobernar con la sensatez y cordura necesarias, para lo cual cumplidamente había demostrado que carecía de dotes y experiencia, por lo que opinaban debía encomendarse a Balboa (si el rey quería servirse de él con provecho) la misión de invadir y someter por completo aquellos territorios y tribus por él recientemente descubiertos y los que en lo sucesivo descubriese, pero poniéndole para irle a la mano y evitar que cometiese nuevos desafueros, a las órdenes y bajo la dirección del gobernador de Santa María, para cuyo cargo creían debía nombrarse (salvo que fuese otra la real voluntad) algún hombre ilustre y experto en el mando, que mereciese la plena confianza del rey y fuese digno de ostentar su representación en la regencia y gobernación de aquellos nuevos estados.

El resultado fué que el rey, cediendo a las exigencias de los amigos de Enciso y en parte convencido por sus consejeros de que Balboa era un hombre peligroso al que convenía atar corto, nombró gobernador general de la Castilla de Oro a don Pedro Arias

de Avila, más conocido generalmente con el nombre de Pedrarias Dávila, hermano del conde de Puñonrrostro y familiar palaciego, a quien por algunas proezas con que en su juventud se había distinguido en los torneos y juegos caballerescos, solía designársele con el sobrenombre de *el Galán*, que en verdad no merecía de ningún modo. Y para que le auxiliasen en el gobierno y administración de la colonia, designó, de acuerdo con él y con sus consejeros, a Juan de Ayora para teniente de Pedrarias o vicegobernador; a Gaspar de Espinosa, para Alcalde Mayor de Santa María; al bachiller Enciso, para Alguacil Mayor (cargo que aceptó sólo para encontrar ocasión de saciar su sed de venganza el rencoroso bachiller, como pronto veremos); a Oviedo, el futuro historiador de las Indias, para Veedor o inspector de las minas; a Alonso de la Fuente, como Tesorero real, y al franciscano Fr. Juan de Quevedo, en calidad de Obispo de la provincia del Darién.

El 12 de abril de 1514 se embarcó Pedrarias en Sanlúcar, con su esposa doña Isabel

de Bobadilla y Peñalosa, también de noble familia, sus hijos, su servidumbre, los demás funcionarios arriba citados y cerca de dos mil hombres, que no obstante ser tan sólo mil doscientos los que mandó reclutar Pedrarias, y a pesar de la pequeña capacidad de las quince naves dispuestas para la expedición, lograron, como he dicho en otro lugar, embarcarse casi violentamente, obsesionados por la peregrina idea de ir a pescar el oro con redes la mayor parte, y deseosos también de escapar algunos que andaban a malas cuentas con la justicia, o que querían eludir los trabajos y peligros de la guerra que se sostenía a la sazón en Nápoles.

El 29 de junio llegó a las costas del golfo de Uraba la flota de Pedrarias, quien temiendo no ser bien acogido por Balboa y que acaso le fuera necesario apoderarse del gobierno de la colonia por la fuerza, mandó anclar a alguna distancia de Santa María y envió un emisario a Vasco Núñez participándole su llegada con el carácter de Gobernador de la colonia.

Al esparcirse la noticia por Santa María,

hubo muchos que indignados por la injusta humillación que se infería a su caudillo, y temerosos de verse asimismo suplantados y despojados por los recién venidos, a quienes consideraban como intrusos, propusieron a Balboa que se negase a recibir al nuevo gobernador y no permitiese que desembarcara un solo hombre de sus naves, pues ellos se bastaban para gobernar la colonia y no estaban dispuestos a consentir que nadie viniese a arrebatarles el fruto de sus trabajos y sacrificios. Pero Balboa acalló estas legítimas protestas, hizo comprender a los rebeldes que debían todos, empezando por él mismo, acatar y cumplir la voluntad del rey; les ofreció defender sus intereses a todo trance y les ordenó que le acompañasen a recibir a Arias de Avila, haciéndoles ir desarmados para desvanecer en éste todo recelo y para evitar que cualquier incidente imprevisto pudiese provocar algún rozamiento o colisión entre sus gentes y las de Pedrarias, dando a éste pretexto para ejercer violencias que habrían de ser funestas para todos.

Dió prueba Balboa en aquella ocasión de

un gran dominio sobre sí mismo y de suma discreción y tacto, y sin duda creyó congraciarse así mejor con los que acertadamente suponía que habían de ser sus jueces y tenían en las manos su porvenir. Pero si hubiese sospechado cómo sería recompensada su sumisión y cuán funesto le había de ser su recto y noble proceder, seguramente se habría conducido de otra manera.

El primer cuidado de Pedrarias fué obtener de Balboa todas las noticias que necesitaba para conocer a fondo la Castilla de Oro y poder dar fin a su conquista y proseguir su colonización y explotación por sí solo, sin necesitar los consejos y la ayuda de aquél. Para ello le abrumó a cumplidos y le colmó de atenciones, le ofreció altas recompensas a cambio de su valiosa cooperación en el gobierno de la colonia, y le hizo creer que no daría un solo paso, ni resolvería ningún asunto sin consultarle y tener muy en cuenta su opinión.

De ese modo consiguió que Balboa, confiado y satisfecho, creyendo que Pedrarias leal y agradecido, cumpliría sus lisonjeros

prender y cargar de cadenas a su odiado enemigo.

Vasco Núñez, con su afable carácter y su conducta intachable, se había granjeado ya el afecto de algunos de los nuevos funcionarios de la colonia, y especialmente del Obispo Fray Juan de Quevedo y del Alcalde Mayor Gaspar Espinosa, quienes tomaron su defensa y lograron fuese absuelto de todos los cargos que se le hacían, menos en lo referente a Enciso, que consiguió se le condenase a pagarle algunos miles de reales en resarcimiento de los daños que le había causado antaño.

Pedrarias, que había pensado desembarazarse de Vasco Núñez enviándole a España aherrojado y hundido para siempre bajo el peso de varias sentencias desbonrosas, tuvo que resignarse a dejarle en libertad, limpio de toda acusación y más popular y querido de todos que nunca; pero no por eso renunció a sus planes, ni cesó un momento de vejarle y perseguirle.

Entretanto, la colonia, torpemente gobernada por Pedrarias y sus inexpertos auxilia-

ca en todos sentidos, dirigiéndose preferentemente a los lugares en que creían que había minas de oro. Al principio fueron bien recibidos por los indios; pero se condujeron tan mal con ellos, les hicieron víctimas de tantas exacciones, cometieron tales abusos de confianza y les infligieron tan malos tratamientos, que al fin los indios se rebelaron y decidieron rechazar a los invasores. Poco aguerridos y disciplinados éstos y faltos de un caudillo conocedor del terreno y de las astucias y modo de combatir de los indios, fueron derrotados por todas partes, y se vieron en la necesidad de regresar precipitadamente a Santa María, confusos y humillados y con grandes pérdidas, experimentadas tanto en los combates como en la retirada.

Las censuras y burlas con que los partidarios de Balboa recibieron a los derrotados, exacerbaron en el pecho de Pedrarias la envidia y el rencor hacia éste, y haciéndole además temer que Vasco Núñez ganase con estos sucesos mayor prestigio y más popularidad todavía, especialmente entre los co-

lonos antiguos, y que llegando a considerarle todos como el único jefe posible de la colonia, quedase ésta de nuevo a merced de su fundador, con riesgo de su propia autoridad y hasta de su seguridad personal, resolvió encomendarle alguna expedición difícil y peligrosa, a fin de que fracasase en ella de un modo ruidoso y humillante y empañándose con la derrota su justo renombre de invicto capitán y de hábil gobernante, se enfriara un tanto el entusiasmo de sus cada vez más numerosos y adictos partidarios y empezase a declinar su popularidad, por la que Pedrarias le envidiaba y le temía cada día más.

En la memoria redactada por Balboa para Pedrarias sobre sus exploraciones por la Castilla de Oro, mencionaba aquél el famoso templo de Dobayba, que tanto ponderaban los indios por sus ídolos de oro y por las inmensas riquezas que encerraba, y hacía constar su creencia de que si no había dado con él, era sin duda por no haberse internado bastante en el territorio del cacique Abibeyba, a causa de la naturaleza del terreno, por

cuyo suelo pantanoso era absolutamente imposible caminar; pero que acaso remontando algo más el río Grande, se hallaría algún paso franqueable entre las lagunas que permitiera llegar al lugar misterioso en que aquél se alzaba, según las vagas noticias que daban los indios acerca de ello.

Entre los colonos se referían sobre este templo y su emplazamiento las noticias más extrañas y maravillosas. Tras de los bosques y lagunas que lo encerraban en un recinto inexpugnable, se escondían riquezas fabulosas e inagotables. Como en los cuentos árabes, el iniciado que conocía la oculta entrada de aquel sitio encantado, quedaba deslumbrado y desvanecido ante la prodigiosa abundancia de oro, perlas y piedras preciosas de todas clases que por doquier encontraba al alcance de la mano. Pero, desgraciadamente, estos tesoros, que nadie había visto nunca, estaban tan bien guardados y defendidos como los legendarios palacios de las hadas y de los encantadores, y era verdaderamente una locura temeraria pretender llegar hasta ellos. Los habitantes del país

eran unos indios feroces y crueles, verdaderamente temibles en el combate por su valor, por sus armas envenenadas y por la astucia y habilidad con que sabían aprovechar los recursos que les proporcionaba la Naturaleza, más hostil y temible aún que ellos mismos. Trepaban como monos, nadaban como anguilas y pintaban sus armas y sus adornos y se tatuaban el cuerpo de color verde vivo, lo que les permitía hacerse, entre la vegetación, completamente invisibles al enemigo, al que combatían desde las copas de los árboles o sumergidos entre el limo de las lagunas, atacándole por mil partes a la vez, con movilidad simiesca, sin que fuese posible esquivar sus golpes, ni menos devolvérselos. Con tales salvajes, era de todo punto imposible combatir, a menos que se usasen sus mismas artes y formas de pelear y se les superase en número y fiereza. Además, era preciso defenderse al mismo tiempo de otros muchos enemigos más dañinos e invencibles que los hombres, a los que ayudaban eficacísimamente en la defensa del territorio, y eran capaces de rechazar,

por sí solos, cualquier atrevido intento de invasión. Estos enemigos eran numerosísimos; atacaban al intruso encarnizadamente y estaban a la vez en todas partes, en los árboles, en el agua, en el aire, entre la maleza, y sus armas eran más variadas y mortificantes que los instrumentos de tortura de un déspota asiático. Las lagunas y ciénagas estaban infestadas de enormes aligatores, capaces de partir un hombre en dos con sus férreas mandíbulas; en el aire se oía a cada paso el ténue siseo de las membranosas alas de los murciélagos vampiros, sedientos siempre de sangre caliente y viva; por todas partes pululaban espesas nubes de voraces mosquitos y hasta, en opinión de algunos, había también dragones en aquella especie de antro infernal, unos dragones gigantescos y escamosos que parecían caimanes con alas...

A la conquista de ese país fabuloso, de ese misterioso y opulentísimo templo, dispuso Pedrarias que fuese Balboa, con cien hombres escogidos por éste libremente y armados y equipados como él quisiera, puesto que, por lo que decía en su memoria, se com-

prendía que la aventura sería muy de su gusto, toda vez que tanto lamentaba no haberla llevado a feliz término en su primera tentativa, y por otra parte, ninguno en la colonia era capaz de realizarla como él, con grandes probabilidades de éxito feliz.

Aunque Balboa tenía sobrado buen sentido y conocía toda aquella parte del continente lo bastante para reducir a sus verdaderas proporciones cuanto se contaba, bueno y malo, de aquella región desconocida y no daba crédito ninguno a los relatos fantásticos y maravillosos de los indios, no se le ocultaron, ni por un momento, las dificultades y los peligros reales que ofrecía tal empresa, ni la dañada y perversa intención que había inspirado a Pedrarias semejante idea.

Pero no podía negarse a cumplir las órdenes de Pedrarias sin incurrir en el enojo de éste y arrostrar el desprecio y los sarcasmos de sus enemigos, y por tanto, se dispuso en seguida a salir de aquel mal paso lo más pronto y mejor que pudiera. En pocos días alistó su gente, y embarcándola en ocho grandes canoas, empezó a remontar el

río Grande, camino de Dobayba. Hay motivos para sospechar que Pedrarias, que quería aniquilar a Balboa a todo trance y desembarazarse de él, sin reparar en los medios, hizo que se divulgase rápidamente entre los indios la noticia de la expedición que se preparaba, con el fin de que llegase a conocimiento de los de Dobayba con anticipación; pero nada puede asegurarse sobre este punto obscuro y delicado. Lo cierto es que cuando llevaban los expedicionarios dos días de navegación y les faltaba todavía un buen trecho para llegar a las lagunas que servían de lindo o frontera al territorio de Dobayba, se vieron repentinamente sorprendidos por un grandísimo número de indios que, arrojándose al agua, rodearon a nado la flotilla, volcaron las canoas y mataron a golpes de *maza a la mayor parte de los españoles*, antes que tuvieran tiempo de aprestarse a la defensa.

Vasco Núñez y unos cuantos más que escaparon vivos de la inesperada agresión, saltaron a tierra, y después de pelear bravamen-

te con los salvajes, que les acosaban sin tregua, dispuestos a exterminarlos, lograron emprender la retirada en buen orden y sin daño, gracias a que Vasco Núñez, recordando el terror supersticioso que a los indios inspiraba la célebre laguna de Matunsacarti, que aun hoy conserva una siniestra reputación, y hallándose cerca de ella, se refugió en sus cenagosas orillas, y de allí penosamente y sufriendo infinitas molestias y fatigas, marcharon en dirección a Santa María.

Fueron recibidos por los amigos del gobernador con tan burlona compasión y tan mal reprimida alegría por su derrota, y sufrió tanto Balboa al verse injustamente ultrajado y al darse cuenta cabal de los propósitos de Pedrarias respecto de él, que agotada por completo su paciencia y queriendo prevenirse contra las asechanzas de sus implacables enemigos, se decidió a elevar al rey la expresión de todos sus agravios y temores, exponiéndole además, con rudo estilo y vivos colores los males que aquejaban a la colonia y los grandes riesgos que el porvenir ofrecía

para la misma por la pésima administración de que era objeto y la concupiscencia y desidia del nuevo gobernador y de todos sus auxiliares y subordinados.

Esta segunda carta de Balboa, fechada en 16 de octubre de 1515, que insertan en sus obras Navarrete y otros, no merece ser copiada, ni siquiera fragmentariamente como la primera, porque en toda ella se limita Balboa á referir las depredaciones cometidas con los indios por Ayora, Carrillo y Enciso, la indisciplina reinante en Santa María, el abandono de los cultivos, la falta de honradez en la administración, el descontento de los colonos; a acusar a Pedrarias de ser el único causante de todos los males expuestos, por su soberbia, su crueldad, su codicia y su pereza; y a pedir por fin al rey que envíe a Santa María un hombre de su confianza que investigue y compruebe sus afirmaciones y ponga coto a tanto desorden y torpeza, si no quiere consentir que tan rica provincia se arruine y se pierda irremisiblemente.

Pronto veremos que esta carta llegó a su

destino demasiado tarde para Vasco Núñez y que éste, a pesar de los continuos y atinados esfuerzos que hizo para ello, no pudo aplacar la saña de sus enemigos, ni evitar el triste fin que le aguardaba y que ya parecía presentir.